

**JESUS
ARELLANO**

**EMPRESA
Y LIBERTAD**

C U A D E R N O S

EMPRESA Y HUMANISMO

I N S T I T U T O

16

INDICE

Nuestra situación.

El capitalismo, entre el sí y el no.

La opción por un sistema empresarial hoy.

La «opción de futuro».

La economía humanista-social

La Empresa.

La Libertad.

La Empresa libre.

La Empresa, creadora de libertad.

NOTA BIOGRAFICA

Tratamos en esta ponencia de la empresa y de la libertad. Nos referiremos especialmente a la empresa económica, la dedicada a crear bienes económicos, aunque lo esencial de lo que digamos afecta por igual -y más esencialmente si cabe- también a las empresas dedicadas a crear bienes y valores de orden supra-material, como son los educativos, los científicos o los espirituales.

La empresa puede concebirse o realizarse bien o mal. La libertad puede entenderse y realizarse bien o mal.

Nos ocuparemos del modo concreto de concebirlas, plantearlas y realizarlas. Y trataré de mostrarles que, en este caso, si se conciben y proyectan correctamente, la empresa es creadora de libertad personal y social. Pero que si ambas a la par se conciben, plantean y realizan mal, entonces la empresa no es creadora de libertad, sino instrumento de cosificación del hombre individual y del hombre social, es decir, instrumento de despersonalización o masificación.

Nuestra situación.

De todo ha habido en los dos últimos siglos (en el pasado siglo XIX y en el finalizante siglo XX) empresas bien realizadas que han creado

libertad y empresas mal realizadas que han cosificado y masificado al hombre.

Grosso modo, en síntesis histórica, el *capitalismo liberalista* de la primera revolución industrial produjo en el siglo XIX un empresarismo materialista, despersonalizador del hombre y masificador de los individuos humanos, dando lugar, por sí junto con otros factores, a que surgiera el fenómeno de la sociedad de clases, característica del siglo XIX, y el fenómeno consecuente de establecer el dinamismo social como una lucha de clases.

Pero el *capitalismo neoliberalista* de la segunda revolución industrial contribuyó decisivamente a forjar, a partir del final del primer tercio del siglo XX, un empresarismo que produjo, frente a la anterior sociedad de clases, la contemporánea sociedad de masas, en la cual se demuestran caducos y caducados los esquemas teóricos y prácticos (esto es, operativos) del individualismo decimonónico y primovigesímico que siguen anclados todavía hoy (y en España siguen anclados) en los esquemas de la caducada «sociedad de clases».

Ha habido pues, en el empresarismo, a partir del segundo tercio del siglo XX, un avance cualitativo (correlativamente con el avance que ha dado el sindicalismo obrero en EE.UU. y en otros países, aunque todavía no en España).

Pero ha sido un avance derivado, principal y directamente, de la evolución de las tecnologías productivas y de las estructuras sociales, fenómenos globales que rebasan la iniciativa individual de los empresarios y de los dirigentes sindicales.

Nuestra situación histórica finisecular (la del final del proceso vigesimico, la del siglo XX) se ha abierto, está abierta, a una decisiva *opción de futuro*. Y es ésta: la oportunidad de concebir, planear y realizar las empresas de manera que sean un ámbito esencial de libertad y un instrumento creador de libertad social.

Esta *opción de futuro* es realmente posible en virtud de tres factores. Primero: el del ya producido salto cualitativo en la tecnología de producción, financiación y comercialización. Segundo: el de la progresiva evolución de la *sociedad de masas* (estructura sociológica de los dos tercios finales del siglo XX) hacia una *sociedad democrática*, esto es, aquella en que cada persona singular toma consciencia, y ejerce esta consciencia, de su personal responsabilidad respecto del desarrollo y vida de los ámbitos colectivos (empresa, sociedad nacional y bloques políticos universales de acción). Y tercero: el fracaso (ya hoy evidente, a nivel planetario, para la inmensa mayoría de las per-

sonas) de los sistemas colectivistas, en los cuáles, con referencia a lo que atañe a nuestro tema, las empresas no son un producto creativo surgido de la sociedad, sino una secreción de las estructuras abstractas del anónimo Estado totalitario.

La *opción de futuro* a que hemos hecho referencia no afecta sólo a los empresarios, sino, igual de decisivamente, a las organizaciones sindicales, que son requeridas por los nuevos tiempos -si no quieren autodestruirse o convertirse en un mero factor de perturbación social- a evolucionar hacia estructuras de sindicación *profesionales*, abandonando las ya no vigentes, por caducadas, estructuras de *sindicatos de clase*.

Pero aquí trataremos primordialmente de lo que afecta a las empresas.

El capitalismo, entre el sí y el no.

Despejemos una primera incógnita: la de la forma de vigencia del sistema productivo y financiero capitalista.

Durante el siglo XIX se implanta y adquiere general vigencia el *capitalismo individualista*, es decir, el sistema en el que el individuo (tal como el individualismo lo concibe, esto es,

como no intrínsecamente social) es la *realidad radical*, cuyo beneficio material es el fin supremo del sistema productivo de bienes, mientras que el bien común o general era concebido -y plasmado en leyes y estructuras fácticas- como un mero resultado de la lucha de competencias entre individuos o grupos de individuos. En el capitalismo *individualista* (o *liberalista* clásico) el individuo es insolidario respecto al bien común social; éste no es buscado como bien propio -bien de la persona social-, sino dejado al resultado de la lucha de prepotencias, esto es, conforme a una peculiar concepción y aplicación -la más deshumana, despiadada y cruel- de la científica ley económica del libre mercado.

El *capitalismo individualista* del siglo XIX produjo, es cierto (y el mismo Marx lo reconoció admirativamente), un progreso global y general de carácter industrial y económico. Pero a un costo social negativo gravemente alto. Porque fue a la vez el factor decisivo para la aparición del fenómeno socio-económico del *proletariado*, a la par que provocó los fenómenos intrasociales de las grandes concentraciones de capital y actuó como desencadenante de guerras internacionales, intercontinentales y, finalmente, planetarias (la primera y segunda guerras mundiales).

En varios países (Rusia, Alemania, Italia) el *capitalismo individualista* desembocó históricamente, ya en el primer tercio del siglo XX y a través de procesos que aquí es innecesario detallar, en los *capitalismos de Estado*. Estos surgieron en tres fórmulas o sistemas diversos: el *capitalismo colectivista (comunista)* de la URSS, el *capitalismo imperialista nazi* y el *capitalismo corporativista* fascista.

Los dos últimos fracasaron como resultado de la segunda guerra mundial. El primero ha desembocado en la realización de unas sociedades empobrecidas y desesperadas, tanto en la URSS como en los países comunistas satélites. Y está ya ahora *cantando* su fracaso en la evidente rectificación en que consiste la llamada *reestructuración* o *perestroika*. Los países en que, como Cuba, subsiste el *capitalismo colectivista* de Estado sin vislumbres de rectificación presentan síntomas y situaciones graves de fracaso.

La experiencia histórica ha demostrado pues, por una parte, que el *capitalismo de Estado* provoca el empobrecimiento general y la aparición de una superestructura de clase política dominante, la *nomenklatura*, y una estructura social general de masas que sobreviven en la pobreza y en la alienación económico-social. Pero a la vez, por otra parte,

nuestra experiencia histórica ha demostrado que el capitalismo *neoliberal* (surgido de la evolución del periclitado capitalismo individualista) ha sido capaz de crear sociedades económicamente prósperas y de producir una generalizada distribución de la riqueza, como es el caso de los países occidentales.

O dicho de otra manera: la experiencia histórica ha venido a confirmar lo que los Papas - desde León XIII a Pío XI- dijeron: que el *capitalismo* es un sistema técnico éticamente neutral (esto es, por sí, moralmente, ni bueno ni malo) respecto al bien común.

Pero esto implica algo importante, y es que tanto el *capitalismo individualista* como el *capitalismo colectivista o de Estado* son, ambos a la par y antagónicamente, dañosos -éticamente malos- para el bien común.

Esto puede verificarse intuitiva y pragmáticamente por la vía de la experiencia histórica, por las subversiones sociales que provocó el *capitalismo individualista*. Fue después cuando las sociedades y Estados *occidentales* evolucionaron hacia un *capitalismo neoliberal* que daba cabida a la vinculación de las iniciativas y estructuras empresariales con las estructuras morales -éticas- de la realización del bien común social (vinculación plasmada desde en las fórmulas jurídicas del contrato de trabajo

en las empresas hasta en el planteamiento de éstas en relación vinculante con el bien común social).

Hasta aquí hemos llegado en el mundo occidental.

Hoy se enfrentan, en este mundo *occidental*, la concepción-proyecto *neoliberal* y la concepción-proyecto *socialdemócrata o socialista* de la economía y de las empresas. En esta segunda concepción-proyecto se otorga la prioridad al *capitalismo de Estado*, pero se admite -y se ejecuta mediante la superestructura legal- la existencia del *capitalismo individualista*, aunque sólo en la medida en que el *capitalismo empresarial individualista* se hace necesario para que funcionen y no se paralicen la economía y el progreso tecnológico. En la primera, en la concepción-proyecto *neoliberal*, el empresario *capitalista-individualista* es la base radical del progreso socioeconómico de los países, pero se admite -y se ejecuta mediante la superestructura legal- un moderado *capitalismo de Estado*, aunque sólo en la medida en que éste sirva o pueda servir para corregir las disfunciones del nudo *capitalismo individualista*.

La URSS ya ha declarado el fracaso del *capitalismo colectivista o de Estado*. Suecia funciona actualmente como modelo del *capita-*

lismo socialdemócrata o socialista. EE.UU. e Inglaterra desempeñan, hoy, la función de modelos del *capitalismo neoliberal*. España, bajo el gobierno socialista, busca -sin acertar a realizarla- una plasmación entre nosotros del modelo sueco. De ahí la ambigua política socialista actual española, que favorece, y hasta mima, las más descaradas formas del *capitalismo empresarial individualista* a la par que avanza, paso a paso, en el control estatista de la economía y en el *desembarco* de equipos socialistas en el interior de las empresas no-estatales. En esta situación actual se enmarca, *de facto*, independientemente de los deseos voluntaristas, todo proyecto de crear empresas en el mundo y en nuestro país.

La opción por un sistema empresarial hoy.

¿Qué haremos, en esta situación, para proyectar y realizar empresas que sean, además de productoras de beneficios individuales, creadoras de libertad personal y social?

De hecho, en la pura facticidad de los hechos de nuestro tiempo, hay solamente una doble opción alternativa: la del *capitalismo*

neoliberal y la del *capitalismo socialdemócrata o socialista*.

Es una doble opción restringida y agobiante. Pero no hay pragmáticamente otra. Y la opción no ofrece dudas si contemplamos los resultados fácticos. El empresarismo del *capitalismo neoliberal* se está demostrando en todos los países -desde EE.UU. hasta Inglaterra y Alemania Occidental- como el más eficaz para crear riqueza y para que ésta se distribuya con suficiente equidad en las diversas capas de población. Frente a esa opción sólo hay la de los tartamudeos ideológicos del *capitalismo socialdemócrata o socialista*, cuya función histórica ha quedado reducida, en nuestros tiempos, a ser (en los procesos de alternativas del ejercicio del poder político) una mera opción provisional que rectifique, a la contra y malamente, los resultados fácticos, incidentales y pasajeros, de carácter no deseable, de la aplicación del *capitalismo neoliberal*.

Esta alternativa o doble opción es ideal y existencialmente agobiante: pero pragmáticamente, de hecho, hoy por hoy, no hay otra.

También en la vida económico-empresarial, al igual que en la vida política, el hombre que aspira a plasmar en la práctica algo mejor tiene

que *tragarse sapos* -los de la bronca y deshumana realidad- en el amanecer de todos los días.

La «opción de futuro».

Demos esto por resuelto. Pero sin renunciar a algo mejor.

El capitalismo se ha demostrado en nuestros tiempos contemporáneos (siglos XIX y XX) como el único sistema viable en los planos productivo y financiero para crear riqueza y para distribuirla socialmente, aunque haya sido casi siempre a través de períodos duros, sangrantes y socialmente dolorosos.

El capitalismo es un sistema instrumental y no más. Moral y socialmente es neutro. Depende de cómo se practique. Y en este aspecto el viejo *capitalismo individualista o liberalista clásico* demostró eficacia productiva, aunque, a la vez, una inevitable plasmación social desastrosa. Pero el *capitalismo colectivista o de Estado* ha demostrado (está demostrando), solidariamente, su ineficacia (más bien su anti-eficacia) productiva y su desgarradora e injusta plasmación en las sociedades y en las naciones.

En nuestra época nos queda, pues, una sola alternativa técnica, el *capitalismo*. Pero ¿en cuál de sus formas? ¿Nos tendremos que atener a optar, cara al futuro, por una de sus dos versiones hoy vigentes, la del *capitalismo neoliberal* o la del *capitalismo socialdemócrata o socialista*?

Intuitiva y vivencialmente, los hombres de la civilización cristiana no se resignan a esta restringida opción. Pero ¿hay otra?

Fácticamente, en el hoy concreto, no hay otra. Pero ¿es posible -con una posibilidad pragmática, vertible y plasmable en hechos- una alternativa diferente?

Sí. Los descubriremos si nos atrevemos a penetrar en la *esencia* (la estructura fundamental) de la empresa y de la libertad. Esta es -si queremos salvarnos de graves y violentas disfunciones sociales- la necesaria *opción de futuro*.

Pero hay que dejar claro ya desde ahora, para evitar ilusiones utópicas, que es pragmáticamente necesario distinguir entre el objetivo de la anunciada *opción de futuro* y el método o estrategia para realizarla. Como no podemos entrar en el desarrollo de este aspecto, dejemos establecido, ya desde ahora, que este método de realización tiene que

arrancar de una opción por el actual *capitalismo neoliberal*, en cuanto que es, tanto teórica como prácticamente, no sólo el que más se aproxima a la opción de futuro de que tratamos, sino el que puede sentar las bases y abrir los caminos para intentar implantar, en el momento en que se den para ello las condiciones objetivas y subjetivas oportunas, la *opción de futuro* decisiva.

La economía humanista-social

Al sistema de la *opción de futuro* podemos ponerle un nombre: el de *economía humanista-social*, o, si se quiere, *liberal-social*. Es decir, un sistema económico que va, por superación, más allá del *individualismo*, pues asienta la base radical de la economía en la iniciativa de la persona-libre, y, también por superación, más allá del *colectivismo*, pues enmarca legal y fácticamente el dinamismo de la libre empresa en el dinamismo del bien común, esto es, en el bien de la persona-social.

Se trata pues de un sistema productivo y financiero en el que:

1. Las fuerzas creadoras sociales (y no del Estado) son el fundamento del dinamismo económico-social, quedando para el Estado la función esencial - no residual- de ser subsi-

diario (en cuanto legislador, corrector y complementador) de las disfunciones pragmáticas que pueda originar el dinamismo autónomo de las fuerzas sociales.

2. Las empresas son autónomas en su concepción, proyecto y realización en el marco de una legislación que regule su creación y su funcionamiento en el servicio, solidario, al bien común o general y al bien social-privado.

3. Los sindicatos son asociaciones profesionales, a las que les es propio participar en el dinamismo autónomo de las empresas y en el dinamismo general socioeconómico, de manera que el salario sea conceptualizado -y determinado- como la participación básica en los beneficios productivos de la empresa (esto es, de manera que el salario no sea meramente un modo *cósico* de retribución de la *mano de obra*), participación básica a la que habrán de sumarse inversiones de carácter comunitario relativas a la vida familiar y cultural de los empleados (desde los obreros hasta los directivos ejecutivos) así como las repercusiones de las plusvalías contables creadas por cada empresa como comunidad humana de producción.

4. Esto último obligaría a cambiar radicalmente la estructura del sindicalismo, de manera que viniera a ser un *sindicalismo pro-*

fesional tanto en sus estructuras intraempresariales como supraempresariales.

Esta sería la fórmula y el futuro creador de la empresa en el marco de la *economía humanista-social* (o *liberal-social*) equidistante de los extremismos cosificantes de la *economía individualista* y de la *economía colectivista*; equidistante no por ser un centro-lineal medio, anti-creador, entre ambas, sino por ser centro-en-cúspide, esto es, por ser la superación de los extremos negativos, malhadados y negativos, de las fórmulas del *capitalismo individualista* y del *capitalismo colectivista* o de *Estado*.

Pero esta opción de futuro exige que el capitalismo *neoliberal* (el que mejores resultados socioeconómicos está dando en nuestra época y del cual hay que partir para la realización práctica de la *opción de futuro*) dé un paso adelante más allá de los que ya ha dado a partir del segundo tercio del siglo XX.

El *capitalismo socialdemócrata* o *socialista* ha demostrado ser o está demostrando ser un simple y radicalmente ineficaz sistema frente a la ineficacia de la productividad económica, de la redistribución social y de la paz social demostrada por el capitalismo neoliberal (así en España, después de en otros países, como

en Inglaterra, EE.UU. de América y Alemania Occidental).

Y el capitalismo colectivista de Estado ya ha demostrado históricamente y hasta la saciedad su ineficacia productiva, redistributiva y de paz social (así en la URSS y en los países satélites de la URSS, en los que, ya agónicamente, sigue todavía vigente el sistema colectivista de la URSS).

La Empresa.

La empresa se encuentra de esta manera enfrentada a desempeñar -lo quiera o no, requisitoriamente- un papel histórico en la evolución de las sociedades nacionales y de la sociedad internacional o planetaria.

Toda empresa es constitutivamente social por su realización y por sus efectos. No nos dejemos engañar por la semántica de las palabras (aunque la manipulación de las palabras sea socialmente muy operativa): ninguna empresa, ni aún las empresas medias y pequeñas, es, en nuestros tiempos, *empresa privada*. Esta terminología semántica tuvo su origen en los tiempos del caducado *capitalismo individualista* y viene siendo, todavía en nuestros días, propagandeada y difundida por el *capitalismo socialdemócrata* o *socialista* y

aceptada pasivamente -y tontamente- por el capitalismo neoliberal. La contraposición real, hoy, se da -si se emplean nombres esenciales- entre las *empresas estatales* (las del *capitalismo empresarial del Estado*) y las *empresas sociales* (o del *capitalismo empresarial social*). Tanto las empresas del Estado (que tratan de usurpar el calificativo de públicas) como las empresas sociales (las del capitalismo empresarial social) son públicas, cosa evidente, hasta en los menores detalles de nuestra vida, cuando se ve la sigla SP (servicio público) por ejemplo en los taxis, que son de propiedad privada, pero desempeñan una función pública, mientras se niega la calificación de *públicas* a las empresas docentes surgidas de las fuerzas creadoras de la sociedad pero que son *no-estatales*. Y lo mismo habría que decir de todas las empresas.

Todo esto respecto a la estructura técnica (productiva, financiera y comercial) de la empresa.

Pero también respecto al origen de cada empresa.

Surge la empresa del ánimo emprendedor de una persona o un grupo de personas. Esta persona o grupo de personas conciben creativa y proyectivamente una organización de recursos materiales -financiación y medios y

técnicas productivas- y de recursos humanos, esto es, una organización de trabajo de personas, más o menos numerosas y a todos los niveles (desde el simple obrero o empleado, hasta el técnico directivo). La iniciativa creativa y proyectiva puede ser *original*, esto es, surgida *ex novo* a la vista de nuevas necesidades sociales y/o de nuevos sistemas tecnológicos y/o comerciales, o puede ser *imitativa*, que es lo peculiar de aquellas iniciativas empresariales en las que no hay invención, sino la sólo apuesta a hacerlo mejor que otras empresas ya existentes.

En cualquiera de los casos, el espíritu emprendedor crea la empresa con vistas a un triple fin solidario: creación de bienes, participación intraempresarial en la riqueza generada (al empresario lo suyo y a los trabajadores también lo suyo, incluidas las plusvalías que se originen) y servicio a las necesidades comunes o generales.

En el *capitalismo individualista* esta triple finalidad es dejada a los efectos del mero resultado, pues el objetivo radical o fundamental (esto es, el que da sentido al montaje empresarial) es el máximo beneficio individual, insolidario socialmente, entendido tan sólo a las maneras más crueles y despiadadas del

mecanismo del mercado (tanto del *mercado del capital* como del *mercado del trabajo*).

El *capitalismo colectivista o de Estado* sólo se diferencia del anterior en que el dueño de los medios de capital y el usufructuario de los beneficios es el Estado, no los individuos. Estos quedan reducidos a la situación de *proletariado* respecto al Estado. Y, por otra parte, la iniciativa personal (singular o de grupos personales) es suplantada por la iniciativa burocrática del aparato estatal. La experiencia histórica ha demostrado -como ya hemos señalado- que el *capitalismo colectivista o de Estado* aboca, por una parte, al anquilosamiento o muerte de las iniciativas creadoras sociales y, por otra, al empobrecimiento de la sociedad, junto con el enriquecimiento de la minoría estatal o de Partido o *nomenklatura*, fenómeno también evidente -en especial en España- respecto al *capitalismo socialdemócrata o socialista*, promotor del enriquecimiento de individuos surgidos profesionalmente de la nada, pero enriquecidos -a costo social y mediante diversos procedimientos- por su aprovechamiento individualista y malversador de las funciones políticas.

En éste, en el *capitalismo socialdemócrata* (esto es, en el *capitalismo socialista* de las sociedades occidentales), se deja funcionar a la

empresa social o libre (la llamada empresa *privada*) bajo los controles asfixiantes de un esencial *capitalismo de Estado* que, en sus etapas provisionales, no da la cara. Quiero decir: que el *capitalismo socialista* tolera, y en corta medida, estimula la empresa social libre sólo y justo en la medida necesaria para que el sistema productivo nacional funcione, a la espera de que, en sus cálculos (en los de los dirigentes políticos socialistas), la empresa privada ya no les sea necesaria. Diré esto con una metáfora coloquial: el capitalismo socialista trata a la empresa social o libre, esto es, aquella surgida del dinamismo creador de la persona y de la sociedad y funcionando por este impulso personal-social, como se trata a la vaca lechera: se le permite a ésta nutrirse y engordar y hasta pasearse placentera y *libremente* (en una libertad controlada) por los prados con un sólo objetivo: ordeñarle la leche que produce, y luego, cuando le sea conveniente al dueño, liquidarla o matarla para nutrirse de su carne (es entonces el momento de la *estatificación* o expropiación de las empresas, o, al menos, el del control de éstas mediante militantes socialistas *desembarcados* en ellas). El resultado del *capitalismo socialista* es, a plazo medio, la implantación de un *neocapitalismo de Estado*, tan anquilosante, a plazo largo, como ya ha sido el definitiva-

mente fracasado *capitalismo colectivista o de Estado*. Los empresarios que hoy, en España, no vean esto, son ciegos (cegados por los beneficios contables que el gobierno socialista les facilita) o atontados por falta de experiencia histórica.

La Libertad.

¿Qué pasa, entonces, con la libertad? Para responder a esta pregunta tenemos que exponer -sintéticamente, claro- cuál sea la esencia de la libertad y qué interpretaciones teóricas y qué plasmaciones prácticas se están dando de ella. Porque todos los sistemas teóricos y prácticos dicen servir, hoy, en nuestra situación histórica, a la realización de la libertad.

La libertad del hombre está integrada por dos dimensiones: la de ser realización de la *intimidad* y de la *expansión* de la persona. O, dicho con el tecnicismo del lenguaje filosófico, la libertad está integrada por las dimensiones, entre sí solidarias, del *ser-sí-mismo* y del *transcender-de-sí*. Las describo: la realización del *ser-sí-mismo* de cada persona singular, eliminando toda imposición alienante; y la realización del *transcender-de-sí* propio del dinamismo estructural de la persona, esto es, la eli-

minación de toda coacción y de toda coerción en la proyección personal a la creación de valores (valores de todo orden: desde los materiales hasta los más altamente espirituales) y, a la vez, la afirmación práctica de la decisión personal sobre el propio destino, esto es, la forma de proyección vital en lo grande y en lo pequeño de la existencia humana.

Esta esencia de la libertad dicen interpretarla adecuadamente todas y las más diversas teorías. Estas teorías son, en nuestra situación histórica, básicamente tres.

Las teorías materialistas (y las ideologías comunistas y socialistas que en ellas se fundan) según las cuáles la libertad es una superestructura refleja de la naturaleza material del hombre. Tal superestructura -la de la libertad- vendrá a ser real, después de un largo proceso histórico, en fecha histórica no señalable, a través de un proceso de absoluto condicionamiento económico (esto es, material) de la existencia humana. Entre tanto, durante este proceso, como dijo gráfica y despectivamente Lenin: *la libertad, ¿para qué? Se trata entonces, en el comunismo, de la libertad humana como una ucronía*, es decir, como algo que sobrevendrá en un tiempo histórico sin fechas reales. En ese momento histórico irreal surgirá la sociedad *sin clases*, aquélla en la que

el individuo será plenamente libre. Es la concepción implantada por Lennin en la URSS y luego en los países comunistas satélites. Se trata de una concepción judeoapocalíptica, tal como ya la formuló Marx.

La *socialdemocracia*, esto es, los proyectos económicosociales del socialismo occidental, opera sobre estas mismas premisas del materialismo. La libertad individual-social es, en ellos, un objetivo histórico al que califican de *utopía*, esto es, un objetivo que nunca tendrá, en concreto, una plasmación real, pero que debe ser el motor de la praxis socialista en las formas concretas de su realización político-social como *socialdemocracia* o *socialismo*. Esta idea de la *utopía* ha acaparado para sí (o, con más precisión, trata de acaparar) la potencia o virtualidad vital-creadora de la esperanza cristiana. Vienen a decir: tengan ustedes paciencia, porque tras el proceso socializante, materialista y agnóstico, sobrevendrá la idílica sociedad de personas-socialmente-libres (se trata de esa sociedad idílica que el socialismo exhibió en España en carteles y eslóganes electorales y que sedujo o engañó a muchos).

Frente a las teorías materialistas, las idealistas (y las ideologías del viejo y caducado liberalismo-individualista) afirmaban que la libertad es un acontecimiento *interior*. Esto es,

que la persona individual-concreta-social tenía que vivir y realizarse en dos planos: el de la libertad individualista interior y el del determinismo (económico-materialista) de las condiciones del mundo externo al espíritu subjetivo de las personas. O dicho así: propugnaba y propugna una esquizofrenia existencial. La expresó así irónicamente un pensador francés: es usted individualmente libre para morir de hambre debajo de un puente (situación ésta provocada con frecuencia por la plasmación social de un peculiar modo de entender deshumano el *mercado de trabajo* libre). También esta concepción, la idealista-individualista, en su antagonismo respecto a las teorías materialistas, ha demostrado su fracaso en la historia.

En el plano de la teoría se da, entre el materialismo y el idealismo, la alternativa del *realismo* y, más en concreto, el *humanismo realista*. Según éste, la libertad es *humana*, esto es, material y espiritual a la par, conforme a la naturaleza material-espiritual del hombre. En el *realismo* (frente al *materialismo* e *idealismo*) el hombre individual y social es, solidariamente, materia y espíritu, sujeto a condiciones económicas, pero protagonista de su propia decisión personal, pero asume estos condicionamientos en la realización por él de su proyecto espiritual y libre, tanto en el plano indi-

vidual como en el plano social. Entonces la libertad ya no es una *ucronía* (como en la concepción materialista-comunista) y tampoco una *utopía* (como propugna la concepción materialista-socialista), sino una manera de vivir en cada momento la historia. O dicho así: en cada momento histórico adquirimos-conquistamos la libertad humana-personal-social, y nos proyectamos a conquistar un nivel de libertad cualitativo y cuantitativa mente mayor, en la medida en que vamos humanizando los condicionamientos externos e internos, sociales y personales, de nuestro propio ser humano. Tal conquista abre, en cada momento histórico posibilidades y proyectos de una libertad personal-social más amplios y radicales. Y así hasta la *consumación de los tiempos*, según la idea cristiana, en la que el hombre -la persona concreta será dominador de la naturaleza y protagonista de la fraternidad universal en la vida económica y social.

Estas son las tres opciones teóricas y prácticas de la realización de la libertad. En ellas se enmarca, como decisiva o al menos importante, la función de la empresa y, en cuanto ideología, la del empresario, entendido éste como vertebración de lo económico-social.

La Empresa libre.

La empresa debe rechazar, pienso, por lo que hemos dicho, enmarcarse en el dinamismo del *capitalismo colectivista o del Estado*, ya históricamente caducado, así como tampoco en el *capitalismo individualista*, ya históricamente superado, y así como en el *capitalismo social-demócrata o socialista*, todavía engañosamente vigente en algunos países.

La empresa -y en concreto la empresa económica de la que directamente nos estamos ocupando- tiene que:

1. Reclamar y realizar su propia esencia, es decir, la de surgir de la iniciativa personal-social.
2. Proyectar esta iniciativa personal-social a la producción de bienes y valores.
- y 3. Vincularse al bien común o bien general de la sociedad, integrada en el dinamismo de la sociedad global nacional, y, para las empresas internacionales, integradas en el dinamismo de la sociedad global planetaria.

En esto estriba lo que se llama en el lenguaje común la *libre empresa*.

De esta manera, la empresa se realiza conforme a la teoría y la praxis del *realismo* (es

decir, del *realismo humanista cristiano*) y elude recaer en los viejos tópicos caducados del *materialismo* (comunista o socialista) y de los viejos tópicos superados del *idealismo individualista*.

En concreto, y hoy, se da fácticamente -en el caso de lo mejor, pero retringiéndose a lo posible de hecho- la opción por el *capitalismo neoliberal*. Pero éste surgió, como vimos, de la corrección de los extremismos negativos del *capitalismo individualista* bajo la presión o influencia coactiva de las subversiones provocadas por las ideologías comunistas y socialistas. El *capitalismo neoliberal* está hoy a mitad de camino entre la supresión de esos sistemas caducados y el ideal de la empresa -pragmáticamente realizable inspirado en el *realismo humanista*.

La Empresa, creadora de libertad.

Si el empresario de los tiempos nuevos, los de la necesaria *opción de futuro*, se realiza así, habremos conquistado algo que está en la entraña, en la esencia, de la proyección empresarial.

Me refiero a lo siguiente: el gran problema de hoy (y de toda la época moderna y post-moderna) estriba en lograr la afirmación de la

persona humana en su estructura singular-social y en su dinamismo temporal-histórico.

Las sociedades globales actuales -las nacionales y las planetarias- son hoy de estructura y dinamismo extremadamente complejos. Hay que hacer un esfuerzo para ver, en esa complejidad, su esencia y, por ello, la esencia sencilla, asencillada, profunda y simple de su estructura y dinamismo.

Si nos queremos salvar del desastre intranacional y planetario que supondría tanto la reimplantación del *capitalismo individualista* como la del *capitalismo colectivista* o de *Estado*: si nos resignamos al *dejarse llevar* (concretamente en España) del señuelo engañoso de la utopía socialista, esto es, del capitalismo socialdemócrata o socialista: si nos conformamos o resignamos a la mera realización social y existencia] del alicorto capitalismo neoliberal; entonces, en esos supuestos estamos abocados a la tragedia: rápida, en el caso de que nuestra decisión se asiente en realizar los supuestos de un actualmente falaz *capitalismo individualista* o de someterse al actualmente fracasado *capitalismo colectivista* o *del Estado*: o más lenta, pero inexorable, si nuestra decisión se asienta en la realización del *capitalismo socialista* o se resigna, como techo

no superable, a los cortos horizontes del *capitalismo neoliberal*.

Podemos afirmar, por su evidencia intrínseca en una prognosis del futuro desde el presente, que tal proceso trágico se cumpliría: de diversos modos, según los diversos supuestos de opción antes descritos. De modo inmediato, en los dos primeros supuestos, se volvería a recaer en los efectos desastrosos provocados en la historia por el *capitalismo colectivista* y por el *capitalismo individualista* (efectos desastrosos elevados ahora a la potencia diez a causa de las estructuras tecnológica y social de los nuevos tiempos, los nuestros). De modo más anestesiante, a plazo más lento pero no parable, se producirían tales efectos desastrosos en el terreno de los supuestos enunciados, esto es, si se aceptaran y se sirvieran a los proyectos del *capitalismo socialista*. El proceso sería más largo, pero abocado a un final igual, si, en el último supuesto, asentados en el *capitalismo neoliberal*, éste no evolucionara hacia -y hasta las plasmaciones prácticas del *capitalismo humanista o realista*.

Capitalismo también en este último caso, porque el capitalismo ha demostrado ser, hoy por hoy, la fórmula técnica (ética y socialmente neutra) de cualquier tipo de sistema productivo y de todo avance tecnológico. Pero

capitalismo realista-humanista, porque este sistema es el llamado a plasmar más progresivamente la estructura de las sociedades nacionales y del conjunto global de la sociedad planetaria.

¿Por qué? Digámoslo así: en las sociedades contemporáneas se ha demostrado que hay dos ámbitos radicales o fundamentales para la realización de la libertad personal y social. Tales ámbitos son la familia y la empresa.

La familia autónoma y libre: porque en ella se realiza, frente a todos los colectivismos o estatismos masificantes y, también, frente a todos los individualismos deletéreos, el comienzo, el desarrollo y la culminación del destino de la persona en sus más entrañables dimensiones -materiales y espirituales- del *ser-sí-mismo*, la primera dimensión de la libertad.

La empresa social y libre- porque en ella se realiza, frente a todos los colectivismos anquilosantes y los individualismos disolventes, el comienzo, desarrollo y culminación de la segunda dimensión de la libertad: el *transcender-de-sí*, esto es, la proyección personal-social a la creación de bienes y valores.

Tanto en el sistema colectivista como en el individualista el *ser-sí-mismo* y el *transcender-de-sí* se alienan, porque en ambos sistemas

práxicos la persona es cosificada, esto es, reducida a simple elemento *cósico* de la masificación social y de la materialista producción.

En la plasmación práxica del sistema *realista-humanista* (cristiano en último término) el trabajo empresarial se realiza en todos los planos (empresarios, técnicos directivos y empleados u obreros) personal-socialmente, esto es, en una comunidad de fines, de esfuerzos y de tareas, y en una participación de beneficios que se concreta en dos niveles: en la participación individual proporcionada de los empresarios, técnicos ejecutivos y empleados u obreros, y en la participación social, instrumentada ésta mediante los mecanismos distributivos y redistributivos arbitrados por la legislación *realista-humanista*.

La empresa, junto con la familia, resultan ser así, en nuestros tiempos pero también en los demás, los dos ámbitos de defensa y de creación de la libertad personal-social propia del hombre.

La tarea de los pensadores, de los filósofos, se detiene aquí: en la realización, que no es

lejana, sino cercana e intrínseca a los proyectos y a la praxis, de una autoconsciencia de nuestra situación de presente y de futuro, de una iluminación o puesta en evidencia -entrañada, esencial, asumible por los empresarios realizadores- del papel (más aún, de la misión) de la empresa ahora, en nuestros tiempos actuales, y después, en el inmediato futuro. Mucho habrá que luchar en los planos técnicos, económico-sociales y políticos para llevar a efecto este papel o misión.

NOTA BIOGRAFICA

Jesús Arellano es catedrático de Antropología Filosófica de la Universidad de Sevilla. Entre sus trabajos de investigación destaca el libro *La existencia cosificada*.

Se recoge aquí la conferencia pronunciada en los II Encuentros de jóvenes empresarios, organizados por la Asociación *La Rábida* en Collado-Villalba, Madrid.